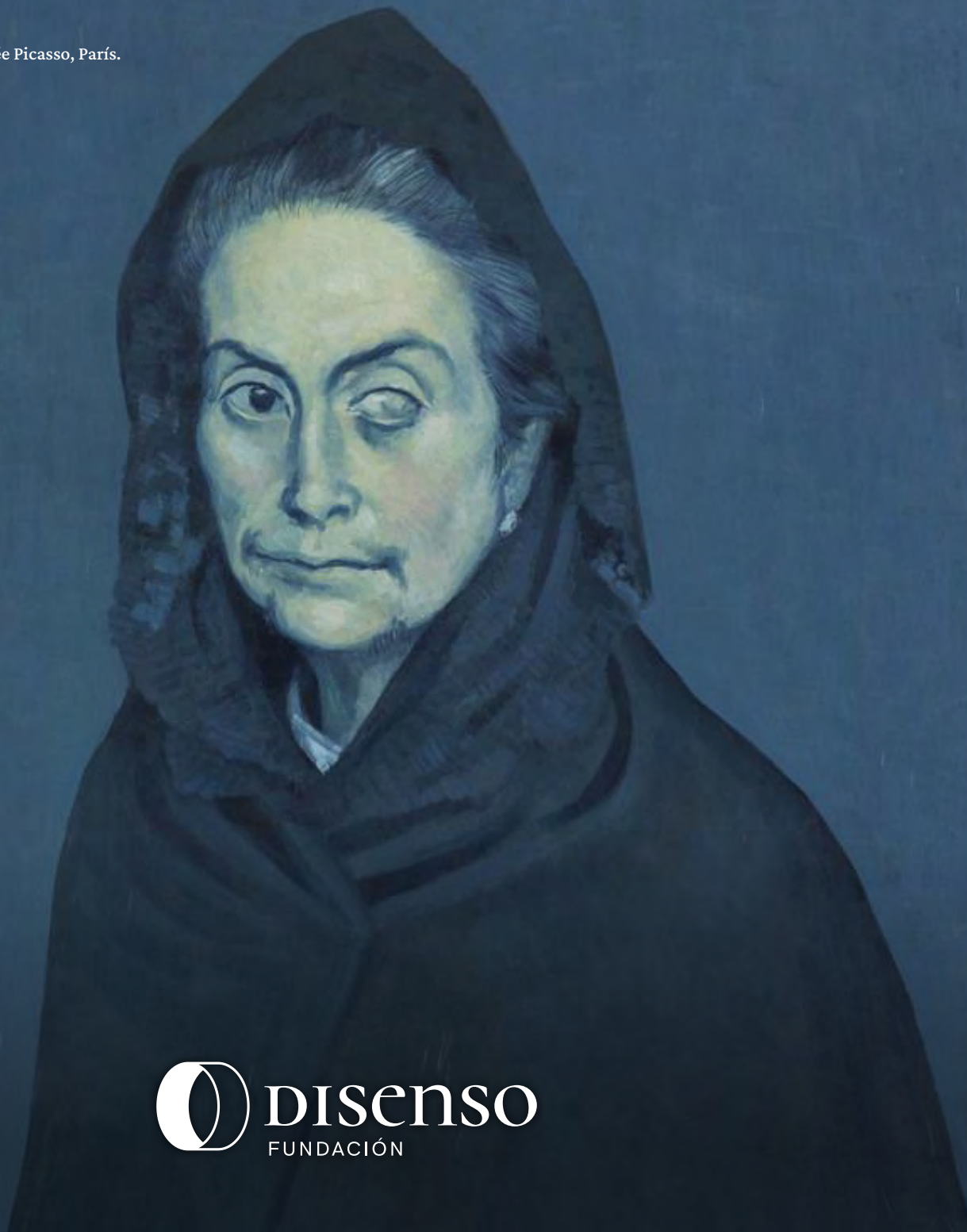


LA CELESTINA CUMPLE 525 AÑOS

La Celestina.

Pablo Picasso (1904). Musée Picasso, París.



En 2024, La Celestina cumple 525 años. Bueno, debiéramos llamarla “*Comedia de Calisto y Melibea*”, como reza la edición de Fadrique de Basilea (Burgos, 1499-1502), pero los libros tienen destinos propios y estos abarcan su nombre y su recuerdo. Quede, pues, así llamada esta joya de nuestra literatura, que vio la luz en 1499. Hacia siete años que Rodrigo de Triana había dado la voz de tierra y descubierto el Nuevo Mundo. Siete años habían pasado de la caída de Granada y la expulsión de los judíos. La Edad Media se iba prolongando en el Renacimiento. Un año después vería la luz la edición toledana de Pedro Hagenbach. En 1501 Stanislao Polono imprimiría la edición sevillana. Ninguna de estas ediciones -las más antiguas- se conserva en España. Tenemos, consolémonos, la edición de Jorge Coci (Zaragoza, 1507), que atesora la Real Academia de la Historia.

Y tenemos, por supuesto, esta historia truculenta, profundísima y dolorosa que combina amor, sexo, crueldad y enseñanzas morales. Ustedes ya conocen de qué trata el relato. La ciudad no se nombra. Es lícito suponer que pudiera ser Toledo, pero también Salamanca o Sevilla. Tiene iglesias, jardines y prostíbulos. Acoge a nobles, plebeyos y marginados. Se alzan en ella palacios y sus calles descienden hacia las tenerías. Es, en suma, alguna ciudad española del otoño de la Edad Media o el inicio del Renacimiento.

Calisto es un joven de la mediana nobleza que, según resume la presentación de la edición de la Real Academia Española (Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011) “*se encapricha de Melibea, hija única y heredera de Pleberio, un aristócrata muy rico*”. Para lograr satisfacer su deseo sexual, que Calisto reviste de apariencia amorosa, el joven recurre a los servicios de una hechicera de nombre inolvidable. Todo acaba fatal. No faltan traiciones, asesinatos ni suicidios. Hay hasta ejecuciones públicas. Por haber, hay hasta el sufrimiento de un padre roto por la tragedia. “*¿Por qué me dejaste triste y solo in hac lachrimarum valle?*”. Debe de ser la cita de *la Salve* más famosa de la historia de la literatura.

Desde luego, La Celestina es la princesa de las brujas, la reina de las alcahuetas, la más peligrosa y fascinante de las malas de novela. A ver dónde se encuentra un personaje más profundo y maléfico

que esta mujer. Ya se lo advierte el criado Pármeno a su amo cuando le dice que “*venían a ella muchos hombres y mujeres, y a unos demandaba el pan do mordían; a otros, de su ropa; a otros, de sus cabellos; a otros pintaba en la palma letras con azafrán; a otros con bermellón; a otros daba unos corazones de cera, llenos de agujas quebradas y otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables al ver. Pintaba figuras, decía palabras en tierra. ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía? Y todo era burla y mentira*”. Lo más interesante es que a Calisto le puede tanto el deseo que desprecia la alerta, “*que la necesidad desecha la tardanza*”. Cuando el deseo se impone a la razón y la moral, todo acaba en naufragio. Aquí está La Celestina para demostrarlo.

Muchos misterios rodean a esta obra. Un acróstico contenido en la silva que abre el libro desveló la identidad de un autor, que dice haber acabado la obra. Habría, pues, dos autores. No, los filólogos no se ponen de acuerdo. Algunos niegan en absoluto que Fernando de Rojas sea autor de nada. Otros sostienen que es el único autor de toda la obra. Tampoco sabemos a ciencia cierta cómo se gestó la obra. Los primeros textos datan de los siglos XVI y XVII, pero, como señala Guillermo Serés en la edición de la Real Academia Española, “*muchas de estas ediciones han sobrevivido en ejemplares únicos y en ocasiones incompletos, lo que remite al ámbito de la hipótesis cualquier conclusión sobre su constitución exacta*”. Este libro es una fiesta y, al mismo tiempo, un tormento para los bibliófilos, que gozamos y sufrimos con una letra mal puesta y el enigma que puede encerrar una errata.

España ha legado a la cultura universal grandes personajes literarios. Suelen citarse tres. El primero habría de ser Don Quijote (pero, ¿por qué no El Cid?). Tal vez el segundo puesto pudiera ocuparlo Don Juan Tenorio (¿o Lázaro de Tormes?). Podríamos citar varios más para el tercer o cuarto lugar (Rinconete y Cortadillo, por ejemplo), pero el trono del personaje femenino por excelencia pertenece a La Celestina, a esta maga que sólo sale en doce de los veintiún actos de la obra y, sin embargo, le da título a toda ella por derecho propio. Esta mala de tragedia -en algunos pasajes me recuerda a la Medea de Séneca- sigue reinando 525 años después del primer registro de su nombre.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura